

El reloj

Elite.

¡Si era una miseria! ¡Y esto era todo lo que quedó de la opulencia de los Rojas! Juan repasó despectivamente los muebles y los objetos de la habitación de su padre. Aún quedaba en el cuarto ese olor acre a flores y a muerto que achica el ánimo. Colgados en las paredes, personajes severos y tiesos observaban a Juan desde sus marcos, color de oro viejo, recargados de relieves pretenciosos. Los miró uno a uno con cierto desdén. Aquel anciano seco con mirada de loco y bigotes retorcidos era su abuelo Joaquín. Allí estaba su abuela: una figurita menuda, delicada, apoyada en una silla con una postura ridícula y una mueca de susto que daba risa. ¡Pobre abuela Clotilde! Debía ser buena esta abuelita para aguantar todo aquello que oyó contar de su abuelo. Su tío Nicomedes, gesto de general con mirada de miope; sus tías Rosa, Agueda y Antonia, tres estampitas de fin de siglo huesudas, tiesas y dignas con el aire de rechazar un pretendiente. Después su mamá, delicada, humilde, como si llevara en aquel brillo mate de la mirada el secreto de la terrible enfermedad de que oyó hablar cuando era muy niño aún. Por fin, su padre; un poco de la mirada del abuelo Joaquín, muy aliñado, con gesto torpe de persona que ha ensayado muchos al posar, parecía decirle aún: "Escucha Juan: la familia de los Rojas siempre ha sido respetada y querida. No tenemos escudo, ni título de nobleza, ni hemos pretendido nunca más honores que el tributo que se debe a la honradez, a la dignidad. Aprenderás con el tiempo que éstas no son virtudes que se premian con pergaminos, y desconfía siempre del que los exhibe..."

¡Maldito para lo que le servía el consejo! ¡Ellos podían decirlo, y estaba seguro que lo fueron: honrados, dignos!... Se puede tener dignidad, se puede ser honrado, cuando hay con qué mantener todas estas posturas. Así gastaron la fortuna de los Rojas, que decían ser enorme: tierras y haciendas en Lara, casas en Caracas... Pero cuando se mentaba a los Rojas siempre se hablaba en pasado. Y él tenía que vivir ahora. Aquellos cuadros estaban bien como estaban. El tenía que preocuparse de comer, de vestir, de ser un Rojas... Esta era toda la herencia: un apellido ilustre y limpio. Con él tenía que arreglárselas para vivir.

Y la verdad era que no tenía con qué. Aquella casa donde él nació era lo último que les quedaba y estaba hipotecada. Mientras él se preocupaba de holgazanear con la excusa de unos estudios que se y sena figura en la sociedad, la fortuna de los Rojas se iba cayendo a pedazos, cubierta de honradez y buenas maneras. ¡Podían haberle advertido, por lo menos!... Y después, aquel hipocritón de don Jesús, un servidor humilde lleno de dobleces, que mientras lloraba la desgracia de sus señores compró una hacienda en Maracay y estaba construyendo una casa en Candelaria. ¡No, si alguna vez hacía falta erigir una estatua a la estupidez él podía prestar el motivo de los Rojas!

Y esto era todo. No había por qué insistir. Muebles que se desarmarían solos al oír la sentencia de desalojo, viejas imágenes de santos incapaces de atender un ruego, un

estante de libros viejos que nadie abrió nunca, y polvo, mucho polvo, como si hubiera comenzado un lento entierro. ¡Ah!, y un reloj. Un viejo reloj como una papa de grande, lleno de dibujos, ilustrado con números enormes que las agujas habían desgastado hasta confundirse casi con el amarillo sucio de la esfera. Aquel armatoste vivía con un "tic-tac" ruidoso, como respiración molesta y difícil del asmático, midiendo el tiempo de la familia. Juan lo descolgó de la cabecera de la cama, donde hace unos días aún lo colocó su padre. Se le llenó la mano con aquel terrible artefacto y estuvo a punto de estrellarlo contra la pared. Aquel "tic-tac" lento era de una monotonía agobiante. Este era el ritmo a que había vivido su familia. Un paso lento, torpe, de moribundo. Lo apretó más fuerte en su mano y lo tuvo así, como queriendo ahogar aquel "tic-tac" insolente y acompasado. Juan siguió apretando más y más. Hizo rechinar los dientes, sentía un dolor punzante en la muñeca, empezó a agarrotarse el brazo, le temblaba el pulso... y el viejo reloj seguía andando despacio, sin alterar su marcha. A Juan se le congestionó la cara, se le hinchó el cuello, apretó más, y se aceleró el pulso. Lo sentía. La sangre pegaba con fuerza en sus venas. Iba más aprisa. El aceleraba su marcha y el reloj, el viejo reloj quedaba atrás. Este era el secreto. No podría ahogar el "tic-tac" impertinente y maldito, pero apresuraría él su marcha y la tradición quedaría atrás, como cosa que no sirve...

Juan cambió de casa. Y cambió de costumbres. Reunió algún dinero con las cosas que aún le pertenecían y se fué a vivir a una pensión. De aquellos restos de los Rojas sólo conservó el reloj. No porque le tuviera cariño, sino como un recurso. Un amigo entendido le advirtió que tenía algún valor. Podía empeñarlo en un momento de apuro. Y era lo único que le quedó después de aventar toda aquella paja que quedó en la era abandonada de los antiguos hacendados.

Y desde entonces, la suerte de Juan Rojas estuvo ligada de una forma extraña a la del reloj. Cada viaje a la casa de empeños suponía un apuro del último de los Rojas y cada rescate un respiro. El corazón de acero del viejo reloj, despertó en el de Juan cierto sentimiento de afinidad y como su posesión estaba ligada a épocas de relativa prosperidad, bien pronto tuvo el reloj para Juan una inconfesada influencia de fetiche. Juan recorrió casas y pensiones, pasó mil apuros; eludió amigos que le prestaron, buscó otros que le socorrieron y cuando agotó los recursos siempre le quedó el reloj. El reloj viejo que seguía con su "tic-tac" lento y ruidoso midiendo el tiempo del último de los Rojas.

Juan lo fió todo en la suerte. Y la suerte le dio de espaldas. Quiso trabajar y no pudo. Era más fuerte que él. Fijarse una tarea cualquiera le causaba un verdadero malestar. Se propuso recurrir a unos amigos para pedir empleo y al imaginarse la entrevista le temblaron las piernas, estalló en sollozos y estuvo dos días en cama, recibiendo los constantes desprecios de la dueña de la pensión. Buscó otra y otra, y cada vez tomaba un nuevo propósito que infaliblemente volvía a fallar. Y sin él darse cuenta, seguía la lucha sorda entre el ritmo del reloj y el agotado pulso de su sangre.

Y entonces le dio por beber. Primero fueron unos tragos para tomar ánimo y pedir trabajo. En el botiquín se ahogaron sus impulsos en ron y amaneció tirado en la acera. Y aquello no le desagradó. Por lo menos tenía la ventaja de no exponerse a las reclamaciones de la pensión. Y no volvió más. Se hacía convidar, pedía, y aquel pobre resto de los Rojas terminó bajo los puentes...

Sobre la mesa del Jefe de policía, un reloj como una papa está parado a las 12 y media. Es lo único que han encontrado sobre el cadáver. No han hallado ningún otro documento, ninguna otra referencia. Cerca del reloj, sobre la misma mesa, hay un paquetito de documentos. El funcionario ojea éstos y entrega el legajo a un subordinado: "Reclaman a este ciudadano por falta de pago en una pensión. Búsquenlo. Averigüen su dirección.

Y guarden ahí este viejo reloj, por si algún familiar viene a reclamarlo... ¡Aunque no le servirá de mucho!. Y, dígame, ¿a qué hora murió ese ciudadano?

- Según la autopsia, alrededor de media noche.
- ¡Qué raro, ¿verdad?!" ...